

# DIME CÓMO JUEGAS Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

Cómo las historias de las selecciones en Copas del Mundo  
construyen, derrumban y reconstruyen imaginarios nacionales

Un ensayo de Rodrigo Arias<sup>1</sup>






## Resumen

Las identidades nacionales son construcciones imaginarias y narrativas. Son estructuras dinámicas, no fijas. Este ensayo explora cómo los Mundiales de la FIFA funcionan como teatros donde esas identidades se afirman, colapsan y se reinventan. Desde los aportes teóricos de Benedict Anderson, Anthony Smith, Carlos Lara Martínez, Ignacio Martín-Baró, Eduardo Archetti y Sergio Villena, llegamos a la pregunta central: ¿cómo algunos partidos de fútbol pueden influir en la visión de millones de personas y moldear una idea sobre quiénes somos? Este texto analiza los casos de Brasil, Argentina, Alemania, Italia, Países Bajos y España, antes de aterrizar en El Salvador. La conclusión apunta a que el fútbol no inventa identidades nacionales, pero les da escenario; los relatores narran los goles, mientras que la política los utiliza en muchos casos como bandera del nacionalismo.

<sup>1</sup>Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Periodista deportivo con trayectoria en *El Diario de Hoy*, *La Prensa Gráfica*, *El Gráfico*, Radio Femenina, los canales 12 y 33 y Cadena Telemundo. Recibió dos premios Emmy por la producción televisiva de los Juegos Olímpicos 2016 y la Copa Mundial de la FIFA 2018. Ha investigado la historia de los principales clubes salvadoreños y los amañados de partidos en el país. Es docente de Redacción y Argumentación en la Escuela Mónica Herrera desde 2019 y participó como profesor en los diplomados de Periodismo Deportivo de la UCA en 2019 y 2022. En 2024 y 2025 desarrolló investigaciones sobre genealogía e identidad migrante, así como sobre la adaptación de medios deportivos salvadoreños a redes sociales.





**E**l 1 de junio de 2002, en el Domo de Sapporo, Japón, el salvadoreño Jaime “la Chelona” Rodríguez cubría como periodista el partido entre Alemania y Arabia Saudita por el grupo E del Mundial de la FIFA. Al minuto 85, los alemanes ganaban 7-0 ante una indiferencia casi absoluta de los asiáticos. La “Chelona”, que veinte años antes había sido defensa central de la selección de El Salvador en el Mundial de España 1982, miraba el marcador y rezaba en silencio: “Dios mío, que nos quiten esa tumba”.

La tumba era el 10-1 que Hungría le había marcado a El Salvador en Elche, el 15 de junio de 1982, en ese mismo torneo. Esa es, a la fecha, la mayor goleada en la historia de los mundiales. Un récord que, esa tarde en Sapporo, parecía a punto de caer. No cayó. Alemania se quedó en 8-0, y los salvadoreños seguimos cargando, hasta hoy, ese lugar en los almanaques, las enciclopedias y las trivias mundialistas.

Pensar que un país pueda heredar una “tumba” durante más de cuarenta años obliga a hacerse una pregunta: ¿cómo es que noventa minutos de fútbol pueden inscribir, en el imaginario de millones de personas, una idea sobre quiénes somos? ¿Cómo es que un partido construye una identidad?

La pregunta no es solo salvadoreña. Brasile “la creativa” porque Pelé hizo un sombrero en la final de 1958. Argentina es “la pícara” porque Maradona metió un gol con la mano en 1986. Alemania es “la disciplinada”, que nunca se rinde. Italia es “la destructiva”, especialista en defensa. Holanda es “la innovadora” del fútbol total. Estos calificativos no nacieron en un manual de geografía ni en un tratado de antropología: nacieron en escenas concretas, en goles, en jugadas que los relatores convirtieron en mitos. Y los mitos, en identidad.

Este ensayo intenta responder cómo se construyen esas identidades nacionales en el teatro de las Copas del Mundo. Para hacerlo, hay que detenerse primero en lo que la antropología y la psicología social han dicho sobre lo que significa ser una nación; luego, recorrer selecciones cuyas narrativas se han vuelto convención mundial; y, finalmente, volver al lugar donde empezamos: a un país centroamericano que carga una “tumba”, y que también, a su manera, tiene una identidad que contar.



# ESO QUE LLAMAMOS “IDENTIDAD NACIONAL”

Antes de hablar de fútbol, conviene preguntarse qué es, exactamente, una identidad nacional. El antropólogo Benedict Anderson (1991) propuso una definición que se volvió canónica: la nación es una “comunidad imaginada”, construida con materiales muy concretos —la prensa, los mapas, los himnos, los museos— y, podríamos agregar, el fútbol. Anthony Smith (1991) precisó después que toda identidad nacional necesita mitos compartidos. No hay nación sin relatos fundacionales. Y los relatos no son siempre verídicos: son los que el grupo elige contarse a sí mismo para reconocerse.

Aquí entra una idea decisiva del antropólogo salvadoreño Carlos Lara Martínez (2003): la identidad sociocultural tiene como fundamento una relación social. No existe identidad pura, encerrada en sí misma. Toda identidad se construye en oposición y contraste con otra. Hay un “nosotros” porque hay “los otros”. Por ejemplo, el salvadoreño, sostiene Lara Martínez, se define en relación con tres grupos: el angloamericano (al que percibe como dominante), el mexicano (al que rechaza con un sentimiento antimexicano arraigado) y el resto de centroamericanos (con quienes comparte). La identidad no es una esencia: es una posición en un mapa de relaciones.

El antimexicanismo salvadoreño tiene un capítulo futbolístico que ilumina la tesis de Lara Martínez. Desde mediados del siglo XX, la prensa mexicana tuvo en El Salvador el megáfono de Televisa, cuya programación llenó las pantallas locales con telenovelas, comedias y, por supuesto, fútbol. Antes de las eliminatorias rumbo al Mundial de España, los comentaristas de Televisa popularizaron una frase que envejeció mal: en Centroamérica juegan fútbol con pelota cuadrada. La selección mexicana daba por hecha su clasificación. En noviembre de 1981, El Salvador le ganó 1-0, con una jugada del “Mágico” González y un gol de Ever Hernández, y se quedó con el boleto al Mundial.





La explicación local sumó dos ingredientes: a la brillantez del “Mágico” se le añadió la garra del “indio cuscatleco”, encarnada en defensores como Pancho Osorto, quien intimidó a Hugo Sánchez, el “niño de oro” mexicano, con la rabia de quien sabe que tiene menos talento, pero más coraje. Con los años, El Salvador perdió la mayoría de los partidos contra México. Pero en la memoria colectiva quedan revanchas como aquella. Lara Martínez tiene razón: la identidad se construye contra alguien.

Llegados a este punto, podemos entrar concretamente al fútbol. El antropólogo argentino Eduardo Archetti (1999) sostuvo que los “estilos nacionales de juego” son construcciones culturales que articulan elementos técnicos con valores morales. La idea es valiosa: los estilos no son esencias, son narrativas. Aunque conviene matizarlo. Archetti atribuyó la matriz del estilo argentino a una oposición con el inglés, pero, como ha documentado Jonathan Wilson (2013), el verdadero antagonista del fútbol inglés en cuanto a estilos no fue Argentina, sino Escocia. Las distintas facetas del fútbol británico llegaron al Río de la Plata mucho después. La oposición Argentina-Inglaterra fue una narrativa potente, sí, pero posterior, alentada en parte por los conflictos geopolíticos entre ambas naciones. Archetti, sin querer, hizo lo que él mismo describía: construyó un mito por contraste.

Y aquí aparece la pregunta del millón: si los estilos son narrativas, ¿quién las narra? El sociólogo costarricense Sergio Villena (2003) sostuvo que los periodistas deportivos son los “adalides del nacionalismo”. La observación se queda corta. El cronista narra un gol, no diseña un proyecto nacional. El nacionalismo activo lo hacen los políticos. Cuando Alemania Federal ganó el Mundial de 1954, una frase se volvió eslogan popular: “Wir sind wieder wer” (“Volvemos a ser alguien”). El campeonato se convirtió en prueba de redignificación nacional tras la vergüenza de la Segunda Guerra Mundial.


La frase no salió de un discurso oficial, pero fue tan eficaz como si lo hubiera sido. En la final del Mundial de 1982, el presidente italiano Sandro Pertini celebró los goles de su selección (venció 3-1 a Alemania Federal) desde el palco con los puños en alto; y en el avión de regreso se mostró como amigo del equipo al jugar cartas con el técnico Enzo Bearzot, el capitán Dino Zoff y el delantero Franco Causio. El gobierno italiano se aseguró de que la foto apareciera en todos los medios. Los relatores narraban los goles. El nacionalismo lo firmaban los políticos.

# BRASIL Y LA ETIQUETA DEL JOGO BONITO

Brasil arrastra una etiqueta cómoda: el país del *jogo bonito*. La etiqueta es engañosa. Brasil no ha ganado cinco Mundiales jugando bonito. Los ha ganado encontrando espacio, dentro de equipos sólidos y bien estructurados, para uno o dos solistas geniales. La diferencia no es menor.

En 1958, antes del Mundial de Suecia, la selección brasileña llevaba un psicólogo, João Carvalhaes, encargado de evaluar a los jugadores. A Garrincha lo reprobó. Era analfabeto, alcohólico, irresponsable, no recordaba el nombre de los rivales que tenía enfrente y le pedía a su compañero del Botafogo, Nilton Santos, que le leyera los diarios. Carvalhaes recomendó expulsarlo del plantel. En un reportaje de la revista argentina *El Gráfico*, se relata que Nilton Santos intervino con una frase que entró a la historia: “Doctor, Garrincha lo único que sabe hacer es jugar fútbol. Deje que nos haga ganar la Copa”. Garrincha se quedó. Brasil ganó el Mundial. La gambeta de Garrincha y los goles de un Pelé de 17 años — incluido el sombrero al defensor sueco en la final— fundaron el mito del fútbol brasileño. Pero el mito tenía cimientos invisibles: detrás de los solistas había una columna vertebral disciplinada, encabezada por el propio Nilton Santos.





La fórmula se repitió. En 1970, el técnico Mario Zagallo demostró que en Brasil no hay táctica que valga más que juntar a los mejores futbolistas y dejarlos resolver. Sus delanteros eran todos volantes creativos en sus clubes. Zagallo los puso a jugar juntos, y Pelé, Tostão, Gerson, Jairzinho y Rivelino formaron el equipo más dominante en la historia de los Mundiales. En 1994 y 2002, Brasil volvió a ganar con jugadores trabajadores y duros —Dunga, Cafú, Branco, Jorginho— que sostenían a los solistas de turno: Romário y, ocho años después, Ronaldo; indisciplinados de leyenda fuera de la cancha, decisivos dentro de ella.

¿Brasil tiene entonces un estilo o una fórmula? Telé Santana, símbolo del *jogo bonito*, llevó a las selecciones más estéticas de la historia a los Mundiales de 1982 y 1986. Perdió los dos. Carlos Alberto Parreira, símbolo del orden pragmático, ganó el de 1994. La identidad brasileña que el mundo celebra —la creatividad, la alegría, la libertad— convive con una contraidentidad menos publicitada: la del técnico que sabe que sin estructura no hay solista que valga. Brasil es, en realidad, las dos cosas. La narrativa global eligió quedarse con una sola.

# ARGENTINA: ¿MANOS PÍCARAS Y GENIOS DEL FÚTBOL MUNDIAL?



Jorge Valdano, seleccionado argentino entre 1975 y 1990, dijo en el documental 1986: *la historia detrás de la copa* que no hay “más argentinidad” que en los dos goles de Diego Maradona a Inglaterra en el Mundial de 1986. “Los goles se parecen tanto a Argentina que no nos podemos sentir culpables”. El potrero “no aplaude al honesto. Aplauda al pícaro”. La frase se volvió cita obligatoria. Y, como toda cita obligatoria, dejó afuera la mitad de la historia.

Es cierto que Maradona, en los cuartos de final del Mundial de México 1986, marcó dos goles contra Inglaterra en cuatro minutos: el primero con la mano, el segundo después de gambetear a medio equipo desde su propio campo. Trampa y genio en la misma jugada, cuatro años después de la guerra de las Malvinas. Si una imagen ha condensado en noventa segundos la narrativa de un país, fue esa. Pero, igual que en Brasil, el pícaro argentino es un solista. Detrás suyo hay un país que piensa el fútbol con una intensidad casi exagerada.

Argentina es el mayor exportador de entrenadores del planeta. En el Mundial de 2026 dirigirán selecciones nacionales más argentinas que técnicos de cualquier otra nacionalidad. La explicación no está en el potrero, sino en la mesa del café, donde se discute fútbol con el mismo rigor con el que se discute política. Hay dos polos opuestos. Uno es César Luis Menotti, romántico, que delega el juego a sus jugadores: “El estilo lo hacen ellos”, dijo en una entrevista con la televisión nacional argentina en 1973. El otro es Carlos Bilardo, su antítesis, que ganó el Mundial de 1986 controlando ansiosamente cada detalle y llevando el juego al límite del reglamento —y cruzándolo cuando hizo falta—. En el Brasil-Argentina de Italia 90, un asistente suyo le dio al lateral brasileño Branco un termo con agua adulterada para sacarlo del partido. Bilardo ganó. Menotti también había ganado, en 1978, jugando diferente.

¿El fútbol argentino es Menotti o Bilardo? Es ambos. Lo mismo Maradona y Messi: uno extrovertido, el otro diplomático, los dos potenciados por una sociedad que toma el fútbol en serio en cada uno de sus ambientes. Roberto Fontanarrosa escribió cuentos de fútbol. Eduardo Sacheri lo llevó al cine. Andrés Calamaro lo metió en canciones. La cultura argentina no usa el fútbol como pretexto: lo piensa como materia. La picardía es solo lo que el mundo eligió ver. Lo que la sostiene es una cultura futbolística que se piensa a sí misma sin descanso.

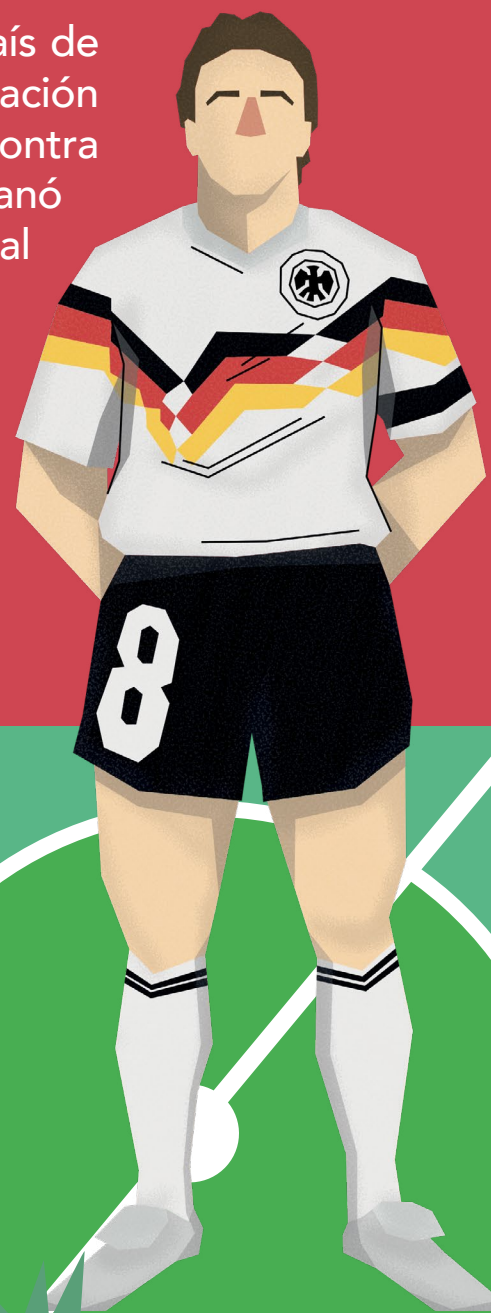


# ALEMANIA

## “NUNCA SE RINDE”

Si Brasil es el país de los solistas, Alemania es el país de la mentalidad colectiva que nunca se rinde. La afirmación no es retórica: es estadística. En la final de 1954 contra Hungría, Alemania perdía 0-2 a los ocho minutos y ganó 3-2. En la final de 1966 contra Inglaterra, perdía 2-1 al minuto 89 y empató. En la semifinal de la Eurocopa 1976, perdía 0-2 contra Yugoslavia y ganó 4-2. En la semifinal del Mundial 1982, perdía 3-1 contra Francia y ganó por penales. En la final de 1986, perdía 2-0 contra Argentina y empató 2-2 antes de que el sudamericano Burruchaga marcara el 3-2 definitivo. La disciplina alemana no es un cliché: es un hábito documentado partido por partido.

Pero las identidades no son eternas. Desde que la selección alemana se compone mayoritariamente de jugadores migrantes o hijos de migrantes, su rendimiento ha caído. Los alemanes fueron eliminados en fase de grupos en Rusia 2018 y en Qatar 2022. La disciplina mítica del *Mannschaft* (equipo) —la idea de un conjunto que se sostiene, aunque pierda al genio— se diluyó cuando se diluyó, a la vez, la homogeneidad cultural que la sostenía. Es un caso incómodo, porque sugiere algo que las narrativas oficiales no quieren admitir: ciertas identidades futbolísticas dependen no solo de mitos compartidos, sino de cohesiones culturales reales. Cuando esas cohesiones cambian, el estilo cambia. Y, a veces, se rompe.



# ITALIA Y EL FAMOSO *CATENACCIO*

A Italia se le suele llamar “la destructiva”. Es una contradicción. Italia, cuna del Renacimiento, patria de cientos de artistas, juega al fútbol como víctima. Lucha más de lo que juega. El periodista italiano Gianni Brera lo formuló con claridad: el *catenaccio* nació de una mentalidad de trinchera. “Somos débiles —escribió Brera—, organicemos la defensa y sorprendamos de contragolpe”, según lo cita el periodista Enric González en su libro *Historias del Calcio* (2013). Para Brera, el cero a cero era “el resultado perfecto” y el *catenaccio* “la única manera de jugar al fútbol”.

El padre del sistema fue Nereo Rocco, “Il Paron”, un técnico que había forjado los músculos cargando reses en la carnicería de su padre. Cuando un periodista le preguntó cuándo se decidiría a jugar más ofensivamente, Rocco contestó que en el próximo partido vería a todos sus jugadores adelante. Cumplió a su manera: el domingo siguiente, todos sus jugadores formaron delante de Pin, el arquero. Esa respuesta es Italia entera.

La condena de Italia llegó en la década de 2010, cuando intentó imitar a España. Renunció a la trinchera para perseguir el *tiki-taka* —estilo que llevó a lo más alto a los ibéricos— y se quedó sin lo uno y sin lo otro. Quedó eliminada en la fase de grupos de Brasil 2014, no clasificó a Rusia 2018 ni a Qatar 2022, ni a Estados Unidos-Canadá-México 2026. Italia entendió tarde que las identidades futbolísticas, como las nacionales, no se cambian de camisa. Se llevan adentro.



# PAÍSES BAJOS Y SU “FÚTBOL TOTAL” Y LA EVOLUCIÓN AL *TIKI-TAKA* ESPAÑOL



Países Bajos (conocido como Holanda en muchos lugares) nunca ganó un Mundial. Pero ninguna nación influyó tanto en cómo se juega hoy. En 1974, Johan Cruyff y el técnico Rinus Michels presentaron en Alemania el llamado “fútbol total”: jugadores que intercambiaban posiciones, presión alta, posesión obsesiva. Holanda perdió la final contra Alemania, pero plantó una idea: que el equipo más pequeño podía ganarle al más grande si dominaba la pelota.



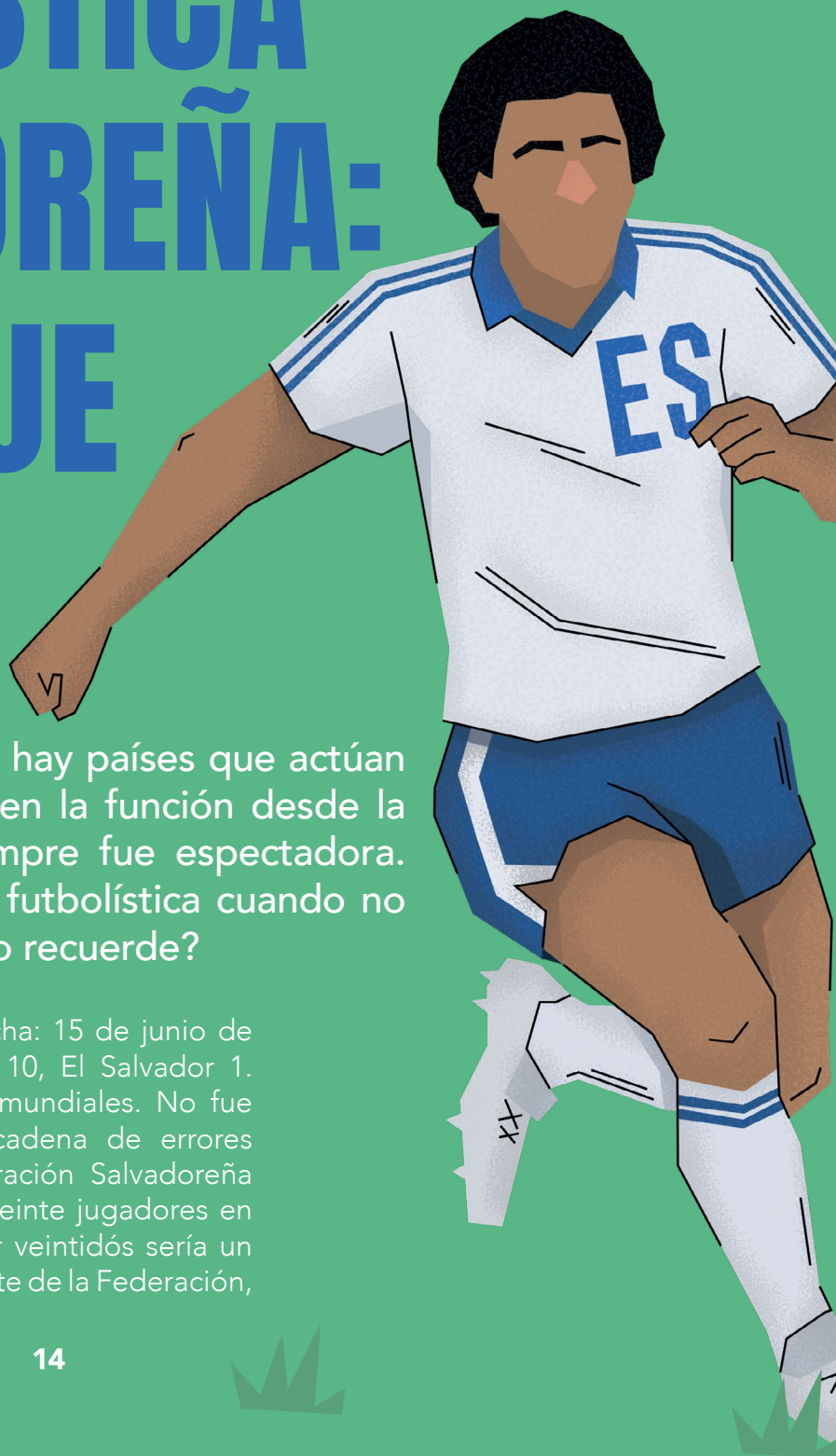
Cruyff llevó esa idea al Barcelona, primero como jugador y luego como técnico. La idea floreció con su discípulo más aventajado, Pep Guardiola, uno de los técnicos más influyentes del siglo XXI (ganó tres Ligas de Campeones de la UEFA con un estilo de posesión permanente de pelota). Y cuajó como identidad nacional en otro país: España.

España, que durante décadas fue “la furia” —equipos físicos, pelotazos, derrotas dolorosas en cuartos de final— adoptó el modelo holandés y lo perfeccionó. Lo llamaron *tiki-taka*: tener la pelota, mover al rival, jugar incluso con futbolistas pequeños como Xavi e Iniesta. Con esa identidad, España ganó la Eurocopa 2008, el Mundial 2010 y la Eurocopa 2012. Tres títulos consecutivos. La identidad española había sido sembrada por holandeses.

# IDENTIDAD FUTBOLÍSTICA SALVADOREÑA: EL CORAJE INGENUO

En el teatro mundial del fútbol, hay países que actúan en el escenario y países que ven la función desde la grada. Centroamérica casi siempre fue espectadora. ¿Cómo se construye identidad futbolística cuando no hay escena propia que el mundo recuerde?

La respuesta salvadoreña tiene fecha: 15 de junio de 1982, Estadio Nuevo de Elche. Hungría 10, El Salvador 1. La mayor goleada en la historia de los mundiales. No fue solo mediocridad deportiva. Fue una cadena de errores que empezó en la ignorancia. La Federación Salvadoreña de Fútbol decidió viajar al Mundial con veinte jugadores en lugar de los veintidós permitidos. "Llevar veintidós sería un derroche innecesario", justificó el presidente de la Federación,



HUNGRÍA

10

EL SALVADOR

1

Félix Castillo Mayorga, a *La Prensa Gráfica* antes del torneo. “Criticar eso sería injusto”. El viaje se programó cuatro días antes del primer partido, sin pensar que el cambio de horario podía afectar el rendimiento. Y los protagonistas hablaban del futuro con un optimismo desconcertante, según las crónicas de *La Prensa Gráfica* en 1982. “A El Salvador no le sucederá lo mismo de México 1970, donde no convertimos goles”, dijo el técnico Pipo Rodríguez al llegar a España. “Baiza” Ruano, histórico seleccionado, opinó sobre Hungría:

**“ES MEJOR DISPUTAR PARTIDOS CON EQUIPOS EUROPEOS. ES MÁS FÁCIL CONTRARRESTAR LA PARTE FÍSICA QUE LA HABILIDAD”.**

Todos eran prejuicios. Todas, ideas desubicadas. Suposiciones fabricadas a la distancia. El fútbol salvadoreño era insular y aislado, y el 10-1 fue su despertar traumático.

Esa derrota —porque las identidades también se forjan en derrotas— quedó grabada en el imaginario nacional con una eficacia que ninguna victoria local ha podido igualar. El psicólogo social Ignacio Martín-Baró (1990), trabajando años después con encuestas y grupos focales, encontró que el salvadoreño se autopercibe como “trabajador, alegre y religioso”, pero también como “sufrido y explotado”. Esa autopercepción se proyecta en el fútbol: jugamos como nunca, perdimos como siempre. La frase, repetida con resignación cariñosa por generaciones, condensa una identidad que el 10-1 selló. Y el victimismo digno se ilustró en una pancarta

mostrada en el sector popular del estadio Cuscatlán en la victoria salvadoreña 2-1 sobre la selección mexicana, el 4 de abril de 1993, por las eliminatorias mundialistas:

## “AL MUNDIAL NO VAMOS, PERO A MÉXICO LE GANAMOS”.

El salvadoreño se define también —siguiendo a Lara Martínez (2003)— contra el hondureño, contra el mexicano, contra el centroamericano vecino. La “guerra del fútbol” de 1969 entre El Salvador y Honduras fue mucho más que un partido. Pero también fue mucho menos que el relato que el mundo se construyó. El periodista polaco Ryszard Kapuściński (1978) escribió un libro famoso, *La guerra del fútbol*, donde inventó episodios y personajes —la protagonista de uno de sus capítulos resultó ser ficticia— que hicieron parecer a los salvadoreños capaces de matarse por un resultado deportivo. Los lectores europeos compraron el relato sin chistar. Ya tenían un prejuicio sobre nosotros, y Kapuściński les confirmó lo que querían creer.

El Salvador no es lo que mostró aquel libro. Pero sí es la tumba del 10-1. No ha vuelto a un Mundial desde 1982. Más de cuatro décadas. El delantero suplente que entró en aquel partido contra Hungría, Luis Ramírez Zapata, marcó el único gol en la historia mundialista del país. Y aún lo es. El gol fue celebrado por los once jugadores en la cancha incluso con un 5-1. La celebración fue justificada, me dijo Tibor Nyilasi, capitán húngaro en 1982, en una entrevista que le hice para *El Gráfico* de El Salvador en 2005: “Marcar un gol en un Mundial no es poca cosa. No se da todos los días”. Esa pequeña celebración resume la identidad futbolística que cargamos: el oasis en medio del desierto, el orgullo dentro de la derrota. La tumba que Jaime Rodríguez rezaba para que nos quitaran en Sapporo no era solo el récord en los almanaques. Era la otra: la que carga un país que no ha podido escribir, todavía, una escena nueva que reemplace a la vieja.





Las identidades nacionales son comunidades imaginadas, sostenía Anderson. Son construcciones relacionales, sostenía Lara Martínez. Son narrativas que el grupo elige contarse, sostenían Smith y Archetti. El fútbol mundialista no inventa esas identidades, pero les da escenario. Brasil necesita solistas. Argentina piensa el fútbol como ciencia y como literatura. Alemania construye disciplina cuando puede; cuando no, se rompe. Italia hace de la trinchera virtud, y se pierde cuando intenta dejar de ser ella misma. Holanda sembró en España lo que en Holanda nunca terminó de florecer. Y El Salvador carga, todavía, una tumba.

María Graciela Rodríguez (1997) escribió que el fútbol no es la patria, pero se le parece. La frase es incompleta. El fútbol es uno de los pocos teatros donde la patria se reinventa cada cuatro años, ante el mundo entero. Y los relatores, mientras tanto, narramos los goles. El nacionalismo lo firmará después, como siempre, otro.

Anderson, B. (1991). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.

Archetti, E. (1999). *Masculinities: Football, polo and tango in Argentina*. Berg.

González, E. (2013). *Historias del catenaccio*. RBA.

Kapuściński, R. (1978). *La guerra del fútbol y otros reportajes*. Anagrama.

Lara Martínez, C. B. (2003). La dinámica de las identidades en El Salvador. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 679-680, 437-450.

Martín-Baró, I. (1990). ¿Trabajador alegre o trabajador explotado? La identidad nacional del salvadoreño. *Revista de Psicología de El Salvador*, 9(35), 147-172.

Rodríguez, M. G. (1997). Construcción de identidades locales y representaciones nacionales en el deporte. CLACSO.

Smith, A. D. (1991). *La identidad nacional*. Trama Editorial.

Villena, S. (2003). Gol-balización, identidades nacionales y fútbol. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías: Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 257-271). CLACSO.

Wilson, J. (2013). *La pirámide invertida: Historia de la táctica del fútbol*. Biblioref.

**Coordinación y edición:** Willian Carballo, director de Investigación Institucional.

**Textos:** Rodrigo Arias

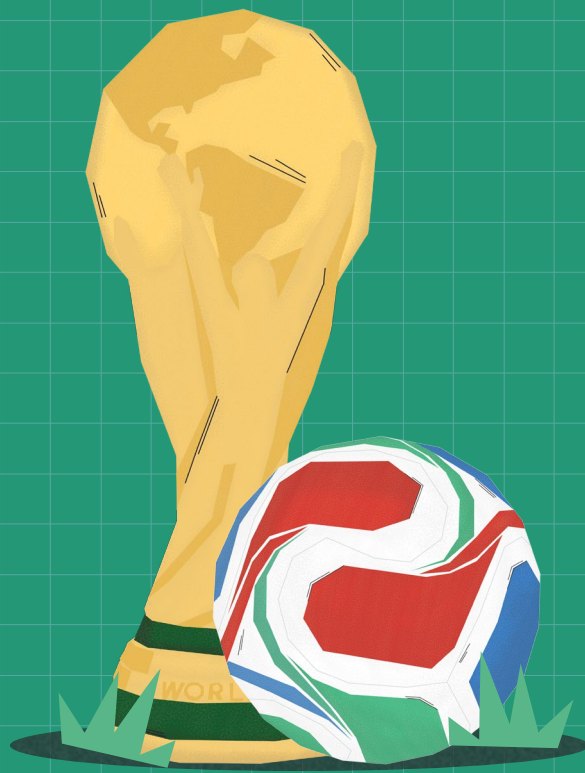
**Diseño de portada, diagramación e ilustraciones:** Carlos Sánchez.

**Corrección de estilo:** Manuel Velasco.

Los textos aquí contenidos pueden ser reproducidos y difundidos, así como usarse para crear obras derivadas, siempre que no tengan fines comerciales, se reconozca su autoría y se referencien adecuadamente.



2026. Santa Tecla, El Salvador. Escuela Mónica Herrera.



MH

Dirección  
de Investigación



MÓNICA HERRERA